

»Tres religiones principales hay en Europa: la una admite una sola revelacion, la otra admite dos, y la otra tres. Cada una de ellas detesta y maldice las otras dos, las acusa de obcecacion, de endurecimiento, de obstinacion y de mentira. ¿Qué hombre imparcial se atreverá á fallar entre ellas, sin haber primero pesado bien las pruebas, y escuchado atentamente sus razones? La que solo admite una revelacion es la mas antigua, y parece la mas segura; la que admite tres es la mas moderna, y parece la mas consecuenta; la que admite dos, y desecha la tercera, bien puede ser la mejor, pero ciertamente tiene todas las preocupaciones en contra suya; la inconsecuencia está de relieve.

»En las tres revelaciones, los libros sagrados están escritos en lenguas ignoradas de los pueblos que las siguen: los judios ya no entienden el hebreo; los cristianos no entienden el hebreo ni el griego; los turcos ni los persas entienden el árabe; y los mismos árabes modernos ya no hablan la lengua de Mahoma. ¿No es verdaderamente un modo muy sencillo de instruir á los hombres, hablarles siempre un idioma que no entienden? Estos libros están traducidos, dirán. ¡Buena respuesta! ¿Quién me asegurará que estén puntualmente traducidos, ni que sea posible que lo estén? ¿Y cuando Dios hace tanto que habla con los hombres, á qué viene necesitar intérprete?

»Nunca concebiré que lo que todo hombre está obligado á saber esté contenido en los libros, y que el que no pueda consultar estos libros, ni personas que los entiendan, sea castigado por una involuntaria ignorancia. ¡Siempre libros! ¡Que manía! Porque la Europa está llena de libros, los tienen los europeos por indispensables, sin atender á que en las tres cuartas partes de la tierra jamás han visto uno. ¿Todos los libros no están escritos por hombres? ¿Pues cómo ha de necesitar de ellos para conocer sus obligaciones? ¿Y qué medios tenia para conocerlas antes que se hubieran escrito estos libros? O aprenderá estas obligaciones por sí propio, ó está dispensado de saberlas.

»Nuestros católicos meten mucha bulla con la autoridad de la Iglesia: ¿qué sacan con eso, si necesitan para

establecer esta autoridad, tanto aparato de pruebas como las otras sectas para fundar directamente su doctrina? La Iglesia decide que la Iglesia tiene derecho de decidir. Ciertamente, la autoridad está bien probada. Salid de esto, y os meteis en todas nuestras discusiones.

»¿Conoceis á muchos cristianos que se hayan tomado el trabajo de examinar escrupulosamente lo que alega el judaismo contra ellos? Si hay quien algo haya visto, ha sido en los libros de los cristianos. ¡Buen modo de instruirse en las razones de sus contrarios! ¿Pero qué han de hacer? Si alguien se atreviera en nuestro país á publicar un libro afirmando y esforzándose á probar que Jesucristo no es el Mesías, castigaríamos al autor, al editor y al librero (1). Esta marcha es cómoda y segura para tener siempre razon: es muy divertido refutar á quien no se atreve á responder.

»Aquellos de nosotros que pueden conferenciar con los judios están poco mas adelantados. Los desventurados se hallan á discrecion nuestra; la tiranía que con ellos se ejerce los hace medrosos; saben lo poco que cuestan á la caridad cristiana la crueldad y la injusticia; ¿qué se han de atrever á decir sin arriesgarse á que gritemos: «al blasfemo?» La codicia nos da celo, y son demasiado ricos para no ser culpados. Los mas eruditos y mas ilustrados siempre son los mas circunspectos. Convertireis á algun miserable sobornado para calumniar su secta; hareis hablar á algunos viles pordioseros que cederán por adularos; os engreireis con su ignorancia ó su cobardía, mientras que sus doctores se reirán en silencio de vuestra estupidez. Pero ¿creeis que en países donde se encontraran seguros, fuera tan fácil arrollarlos? En la Sorbona es claro, como la luz del dia, que las predicciones del Mesías se aplican á Jesu-

(1) De mil hechos conocidos solamente citaré uno que no necesita comentario.—En el siglo XVI, habiendo los teólogos católicos condenado á ser quemados todos los libros de los judios, sin distincion, consultado acerca del asunto el ilustre y sábio Reuchlin, se encontró en un terrible apuro, y hubieron de perderle, por solo haber sido de dictamen que se podian conservar entre sus libros aquellos que no hablaban nada contra el cristianismo, y que trataban de materias indiferentes á la religion.

cristo; y entre los rabinos de Amsterdam, no es menos claro que ninguna conexion tienen con él. Nunca creeré que me han dicho todas sus razones los judíos, mientras no tengan un estado libre, escuelas y universidades donde puedan hablar y disputar sin riesgo: solo entonces podremos saber lo que tienen que alegar.

»En Constantinopla dicen los turcos sus razones, y nosotros no nos atrevemos á decir las nuestras; allí nos toca ceder. Si exigen los turcos de nosotros el mismo respeto á Mahoma, en quien no creemos, que de los judíos exigimos nosotros á Jesucristo, en quien tampoco ellos creen, ¿obran mal los turcos? ¿Obramos nosotros bien? ¿Por qué principio de equidad resolveremos esta cuestion?

»Las dos terceras partes del linaje humano no son ni judíos, ni mahometanos, ni cristianos; ¡y cuántos millones de hombres no han oído mentar nunca á Moisés, ni á Jesucristo, ni á Mahoma! Lo niegan; y sostienen que nuestros misioneros van á todas partes: eso se dice con facilidad. ¿Pero van acaso á lo interior del Africa todavía desconocido, á donde hasta ahora nunca penetró un europeo? ¿Van á la Tartaria mediterránea, siguiendo á caballo los aduares errantes; á donde nunca se acercó un extranjero, y que lejos de haber oído hablar del Papa, apenas si conocen el gran Lama? ¿Van á los inmensos continentes de la América, donde naciones enteras no saben todavía qué pueblos de otro mundo han puesto el pie en el suyo? ¿Van al Japon, de donde sus malas artes los han hecho arrojar para siempre, y donde las generaciones que nacen solo conocen á sus predecesores como á entremetidos astutos, que con fervor hipócrita y fingida blandura habian venido á apoderarse del imperio? ¿Van á los serrallos de los príncipes del Asia, á anunciar el Evangelio á millones de pobres esclavas? ¿Qué delito han cometido las mujeres de esta parte del mundo, para que no les pueda predicar la fé misionero ninguno? ¿Se irán todas al infierno por haber vivido reclusas?

»Aun cuando fuese cierto que se anunciase el Evangelio en la tierra entera, ¿qué se adelantaria con eso? La víspera del día que llegó un misionero á un país,

ciertamente se murió alguien que no pudo oírle. Pues, decidme, ¿qué haremos con este alguien? Aunque en todo el universo no se hallase mas que un solo hombre á quien no hubiesen predicado la ley de Jesucristo, tan fuerte seria la objecion con respecto á este hombre único, como con respecto á la cuarta parte del género humano.

»Cuando los ministros del Evangelio se hicieron oír de los pueblos remotos, ¿qué les dijeron que estos pudiesen, conforme á razon, creer sobre su palabra, y que no exigiese la comprobacion mas escrupulosa? Me anunciáis un Dios nacido y muerto dos mil años hace, al otro extremo del mundo, en no sé qué pueblecillo, y me decís que se condenarán todos cuantos no creyeren en este misterio. Cosas muy extrañas son esas para creerlas tan de seguida, por solo la autoridad de un hombre que no conozco. ¿Por qué ha hecho vuestro Dios que sucedieran allá tan lejos todos esos acontecimientos, queriendo obligarme á que me instruyera de ellos? ¿Es un delito ignorar lo que sucede en los antipodas? ¿Puedo adivinar yo que hay en otro hemisferio un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalem? Equivaldría obligarme á saber lo que pasa en la luna. Decís que habeis venido á enseñármelo; pero ¿por qué no vinisteis á enseñárselo á mi padre? ¿O por qué condenáis á aquel buen viejo, porque nunca lo supo? ¿Ha de ser eternamente castigado por vuestra pereza, él que era tan bueno, tan benéfico, y que solo la verdad anhelaba? Poneos, de buena fé, en mi lugar: ved si por vuestro dicho solo debo creer todas las increíbles cosas que decís, y conciliar tantas injusticias con el Dios justo que me anunciáis. Dejadme que vaya á visitar ese milagroso país, donde paren las vírgenes, donde nacen, comen, padecen y mueren los Dioses; y que vaya á saber por qué trataron á Dios como á un facineroso los moradores de esa Jerusalem. Decís que no le conocieron por Dios. Pues ¿qué haré yo que nunca le habia oído nombrar, hasta que me habeis hablado de él? Añadís que han sido castigados, dispersados, oprimidos, esclavizados, que ninguno de ellos se acerca ya á la misma ciudad. Bien merecido se lo tienen: ¿pero qué dicen los

moradores de ahora del deicidio de sus predecesores? Le niegan, y tampoco reconocen por Dios á Dios. Pues para eso, lo mismo era dejar allí á los descendientes de los primeros.

»¡Qué! En esa misma ciudad donde murió Dios, ni los antiguos ni los nuevos moradores le han conocido, ¿y quereis que le conozca yo que he nacido dos mil años despues, á dos mil leguas de distancia? ¿No veis que antes de dar crédito á ese libro que llamais sagrado, y del cual nada entiendo, debo saber, por otros no por vos, cuándo y por quién fué compuesto, cómo se ha conservado, cómo ha llegado á vos, las razones que alegan los que en su país le desechan, aunque sepan tan bien como vos todo cuanto me enseñais? Bien veis que es forzoso vaya yo á Europa, al Asia, á la Palestina, á examinarlo todo por mí propio: menester fuera que hubiese perdido el juicio para escucharos hasta entonces.

»No solo me parece racional esta respuesta, sino que defendiendo que así debe hablar en semejante caso todo hombre de juicio, despidiendo al misionero que antes de presentar sus pruebas se quiere dar prisa á instruirle y bautizarle. Y sostengo que no hay revelacion contra la cual no tengan las mismas objeciones tanta fuerza como contra el cristianismo, y aun mas. De donde se infiere que si no hay mas que una religion verdadera, y si está obligado todo hombre á seguirla, so pena de condenacion eterna, es necesario pasar la vida estudiándolas todas, profundizándolas, comparándolas corriendo los países donde están establecidas. Nadie está exento de la primera obligacion del hombre, nadie tiene derecho á fiarse en el juicio ajeno. El artesano que solo vive de su jornal, el gañan que no sabe leer, la tímida y delicada doncella, el enfermo que apenas se puede levantar de la cama, todos sin excepcion deben estudiar, meditar, viajar, correr el mundo; no habrá pueblo estable y fijo; la tierra entera estará cubierta de peregrinos que irán con enormes gastos y dilatadas fatigas á comprobar, comparar, examinar por sí mismos los diversos cultos que se siguen. Entonces, adios officios, artes, ciencias humanas, y todas las ocu-

paciones civiles: ya no puede haber otro estudio que el de la religion; á duras penas el que haya disfrutado de mas robusta salud, empleado mas bien el tiempo, hecho mejor uso de su razon y vivido mas años, sabrá, cuando sea viejo, á qué se ha de atener; y mucho será si antes de su muerte aprende en qué culto hubiera debido vivir.

»¿Quereis mitigar este método y dar cabida, por pequeña que sea, á la autoridad de los hombres? Al punto se lo restituís todo; y si obra bien el hijo de un cristiano, que sin un profundo exámen sigue la religion de su padre, ¿por qué ha de obrar mal el hijo de un turco que igualmente sigue la religion del suyo? ¡Cuántos son en Roma muy buenos católicos, que por la misma razon serian muy buenos musulmanes si hubiesen nacido en la Meca! ¡Y reciprocamente, cuántos sujetos honrados son muy buenos turcos en Asia, que serian muy buenos cristianos en nuestro país! Desafío á todos los intolerantes del mundo á que respondan á esto, de manera que satisfaga á un hombre de juicio.

»Estrechados por estas razones, prefieren los unos hacer injusto á Dios, y castigar á los inocentes por el pecado de su padre, antes que renunciar de su inhumano dogma; los otros se zafan de la dificultad despachando oficiosamente á un ángel para que instruya á todo aquel que en una invencible ignorancia hubiere vivido moralmente bien. ¡Qué donosa invencion la de este ángel! No contentos con esclavizarnos á sus máquinas, ponen á Dios en la necesidad de usarlas.

»Ved, hijo mio, á qué absurdos conducen la soberbia y la intolerancia, cuando quiere cada uno sostener su idea y tener mas razon que lo restante del linaje humano. Pongo por testigo á este Dios de paz que adoro y que os anuncio, de que han sido sinceras todas mis investigaciones; mas viendo que eran y siempre serian sin fruto, y que me engolfaba en un mar sin orillas, he vuelto atrás, y he estrechado mi fé en mis primitivas nociones. Nunca he podido creer que me mandara Dios, so pena del infierno, saber tanto. Así que he encerrado todos mis libros. Uno solo hay abierto á los ojos de todos, que es el de la naturaleza; y en este grande y

sublime libro aprendo á servir y á adorar á su divino autor. Ninguno tiene disculpa si no lo lee, porque habla una lengua inteligible para todos. Aun cuando hubiera yo nacido en una isla desierta, y no hubiese visto á ningun otro hombre, ni nunca me hubiesen dicho lo que antiguamente sucedió en un rincón del mundo; si ejercito mi razón, si la cultivo, si hago buen uso de las facultades inmediatas que me da Dios, por mi mismo aprenderé á conocerle, á amarle, á amar sus obras, á querer el bien que quiere él, y á desempeñar por complacerle todas mis obligaciones en la tierra. ¿Qué otra cosa mas me enseñará todo el saber de los mortales?

»En cuanto á la revelacion, si yo discudiese mejor ó fuese mas instruido, acaso veria su verdad y su utilidad, para los que tienen la dicha de reconocerla; pero si hallo en su favor pruebas que no puedo rebatir, veo tambien objeciones que no puedo resolver. Tantas razones sólidas hay en favor y en contra, que no sabiendo á qué determinarme, ni la admito ni la desecho; solo rechazo la obligacion de reconocerla para salvarse, porque esta pretendida obligacion es incompatible con la justicia de Dios, y lejos de remover así los estorbos para la salvacion, los hubiera multiplicado y hecho insuperables para la mayor parte del género humano. Exceptuado este punto, permanezco en una respetuosa duda. No tengo la presuncion de reputarme infalible: otros han podido decidir lo que me parece indeciso; yo discuro por mí, no por ellos; ni los vitupero, ni los imito: mejor que el mio puede ser su juicio, pero no es culpa mia el pensar de otro modo.

»Confiésoos por otra parte que la sanidad del Evangelio es un argumento que habla á mi corazón, y que sentiria hallar alguna verdadera objecion en contra suya. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán mezquinos son junto á este! ¿Es posible que un libro tan sencillo y tan sublime sea obra de hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia cuenta no sea mas que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué blandura, qué pureza en sus costumbres! ¡Qué tierna gracia en sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas! ¡Qué profunda sabidu-

ria en sus razonamientos! ¡Qué sagacidad y qué tino en sus respuestas! ¡Qué imperio en sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin flaqueza ni ostentacion? Cuando pinta Platon un justo imaginario (1), cubierto de todo el oprobio del delito, y acreedor á todas las recompensas de la virtud, retrata punto por punto á Jesucristo; tan de bulto es la semejanza, que la han visto todos los padres, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué obcecacion, ó qué mala fé ha de tener quien se atreva á comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de Maria! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo fácilmente hasta el fin su papel; y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, creeriamos tal vez que con todo su talento no fué Sócrates otra cosa que un sofista. Dicen que inventó la moral, pero otros la habian practicado antes que él: no hizo mas que poner en lecciones sus ejemplos. Justo habia sido Aristides antes que hubiera dicho Sócrates qué cosa era la justicia; Leonidas habia muerto por su pais, antes que Sócrates hubiera dictado como una obligacion el amor de la patria; sóbria era Esparta, antes que Sócrates hubiera alabado la sobriedad; antes que hubiera definido la virtud, Grecia abundaba en varones virtuosos. ¿Pero dónde habia aprendido Jesus aquella pura y elevada moral, cuyo ejemplo y lecciones solo él ha dado (2)? En el seno del mas furioso fanatismo se hizo escuchar la mas alta sabiduria, y la sencillez de las virtudes mas nobles honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas suave que pueda desearse; la de Jesus espirando en los suplicios, afrentado, escarnecido, maldito de un pueblo entero, es la mas horrible que sea dable temer. Sócrates tomando la copa envenenada bendice al que con lágrimas se la presenta; Jesus en medio de un suplicio horroroso ruega por sus encarni-

(1) De Republic. lib. I.

(2) En el discurso sobre la montaña, véase el paralelo que hace él mismo de la moral de Moisés con la suya.—MATT. cap. 5, vers. 21 y siguientes.

zados verdugos. Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios. ¿Diremos que es inventada la historia del Evangelio? Amigo mio, nadie inventa así; y los hechos de Sócrates, que ninguno pone en duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. En realidad esto es desviar la dificultad sin destruirla; mas incomprensible sería que cuatro (1) hombres hubiesen escrito este libro de comun acuerdo, que el que uno solo haya dado materia para él. Nunca hubieran imaginado unos autores judíos ni aquel estilo ni aquella moral, y el Evangelio presenta caracteres de verdad tan grandes, tan de relieve, tan perfectamente inimitables, que aun sería el inventor mas admirable que el héroe. A pesar de todo, este mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, que repugnan á la razon, y que no es posible que conciba ni que admita ningun hombre de criterio. ¿Qué se ha de hacer en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre circunspecto y modesto, hijo mio; respetar en silencio lo que no podemos ni desechar ni comprender, y humillarnos en presencia del gran Ser que es el único que sabe la verdad.

»Este es el involuntario excepticismo en que me he quedado; pero no es un excepticismo en manera alguna penoso, porque no se extiende á los puntos esenciales en la práctica, y porque ya estoy decidido acerca de los principios de todas mis obligaciones. Sirvo á Dios en la sencillez de mi corazon, y no procuro saber mas que lo que importa para mi conducta. En cuanto á los dogmas que ni en las acciones ni en la moral influyen, y que tantos se atormentan por escudriñar, no me tomo afan por ellos. Todas las religiones particulares las miro como otras tantas instituciones saludables que en cada país prescriben un modo uniforme de honrar á Dios con un culto público, y pueden todas tener sus motivos en el clima, el gobierno y la índole del pueblo, ó en alguna otra causa local que haga la una preferible á la otra, segun los tiempos y lugares. Todas las creo buenas,

(1) No cuento mas, porque sus cuatro libros son las únicas vidas de Jesucristo que nos han quedado de las muchas que se escribieron.

cuando en ellas se sirve á Dios como conviene. El culto esencial es el del corazon; Dios no desecha su homenaje, cuando es sincero, sea cual fuere la forma en que se le ofrezca. Llamado en la que profeso al servicio de la iglesia, desempeño con toda la posible exactitud las funciones que se me prescriben, y me remorderia la conciencia, si faltara voluntariamente á ellas en un punto. Despues de una dilatada suspension, sabeis que por la mediacion de una persona influyente alcancé licencia de volver al ejercicio de mis funciones, para ayudarme á ganar la vida. En otro tiempo decia misa con la ligereza á que se acostumbra uno, aun en las cosas mas graves, cuando las hace con mucha frecuencia; desde mis nuevos principios, la celebro con mas veneracion: me lleno de la majestad del Ser supremo, de su presencia, de la insuficiencia del espíritu humano que tan poco concibe lo que tiene referencia con su autor. Considerando que le presento las preces del pueblo en una forma prescrita, sigo con escrupulosidad todos los ritos, recito con atencion, me cuido de no omitir nunca la menor palabra, ni la menor ceremonia: cuando se acerca el instante de la consagracion, me recojo para hacerla con todas las disposiciones que requieren la Iglesia y la grandéza del sacramento; procuro anondar mi razon ante la inteligencia suprema, y digo en mí: ¿Quién eres tú para medir el poder infinito? Pronuncio con respeto las palabras sacramentales, y doy á su eficacia cuanta fé de mí pende. Sea lo que fuere este incomprensible misterio, no temo ser castigado el dia del juicio por haberle nunca profanado en mi corazon.

»Honrado con el sagrado ministerio, aunque en la última clase, nunca haré ni diré nada que me haga indigno de desempeñar sus obligaciones sublimes; predicaré siempre la virtud á los hombres, los exhortaré á que obren bien, y mientras pueda les daré el ejemplo. No quedará por mí el hacer que amen la religion; ni el confirmar su fé en los dogmas verdaderamente útiles, y que están obligados todos á creer; mas no permita Dios que les inculque nunca el cruel dogma de la intolerancia; ni los incite á detestar á su prójimo, y á decir

á otros hombres: Estais condenados (1). Si me hallara en un puesto mas elevado, tal vez pudiera esta reserva acarrearle malas consecuencias; pero soy muy humilde para tener gran cosa que temer, y no puedo caer mucho mas bajo de donde estoy. En cualquier evento, no blasfemaré contra la divina justicia, ni mentiré contra el Espiritu santo.

»Mucho tiempo he tenido la ambicion de ser honrado con un curato; todavia la tengo, mas ya no lo espero. ¡Oh, buen amigo mio! No encuentro cargo mas hermoso que el de cura. Un buen cura es un ministro de bondad, como un buen magistrado un ministro de justicia. Un cura nunca tiene que hacer mal; si no puede siempre hacer bien por sí propio, siempre le pertenece el solicitarle, y muchas veces le alcanza, cuando se sabe dar á respetar. ¡Oh! Si me dieran un pobre curato de buenos aldeanos en una de nuestras montañas, seria feliz, porque me parece que haria felices á mis feligreses. No los haria ricos, pero entraria á la parte de su pobreza; les quitaria la ignominia y el menosprecio que son mas inaguantables que la indigencia. Les haria que amasen la concordia y la igualdad, que á veces repelen la miseria, y siempre la hacen tolerable. Cuando vieses que en nada lo pasaba yo mejor que ellos, y que no obstante vivia contento, aprenderian á consolarse de su suerte, y á vivir contentos como yo. En mis pláticas, menos me adheriria al espiritu de la Iglesia que al del Evangelio, donde el dogma es sencillo y la moral sublime, donde se ven pocas prácticas de religion, y muchas obras de caridad. Antes de enseñarles lo que se debe hacer, siempre me esforzaria en practicarlo, para que se convenciesen de que pensaba todo cuanto les dijese. Si tuviese protestantes en mis inme-

(1) La obligacion de seguir y amar la religion de su país no se extiende hasta los dogmas contrarios á la sana moral, como el de la intolerancia. Este horrible dogma es el que arma á los hombres unos contra otros, haciéndolos á todos enemigos del género humano. La distincion entre la tolerancia civil y teológica es pueril y vana; estas dos tolerancias son inseparables, y no es posible admitir una sin otra. Ni aun los ángeles vivirian en paz con hombres que mirasen como enemigos de Dios.

diaciones ó en mi parroquia, no los distinguiria de mis verdaderos feligroses en cuanto respecta á la caridad cristiana; los persuadiria á todos igualmente que se amasen unos á otros, que se considerasen como hermanos, que respetasen todas las religiones, y que viviesen en paz cada uno en la suya. Creo que excitar á uno á que abandone aquella en que nació, es incitarle á que obre mal, y por consiguiente obrar mal uno propio. Mientras no tengamos luces mas claras, mantengamos el orden público, respetemos las leyes en todo país, no perturbemos el culto que prescriben, no incitemos á los ciudadanos á la inobediencia; porque no sabemos de positivo si es un bien para ellos el dejar sus opiniones por otras, y sabemos con toda seguridad que es un mal desobedecer á las leyes.

»Acabo, querido jóven, de deciros mi profesion de fé, como la lee Dios en mi corazon: sois el primero á quien se la he hecho, y acaso el único á quien se la haré en mi vida. Mientras subsista alguna buena creencia entre los hombres, no se han de perturbar los ánimos serenos, ni sobresaltar la fé de los sencillos con dificultades que no puedan resolver, y que los inquieten sin alumbrarlos; mas cuando todo está resentido, debemos conservar el tronco á costa de las ramas. Las conciencias agitadas, inciertas, casi apagadas, y en el estado en que he visto la vuestra, necesitan que las fortifiquen y las despierten; y para restablecerlas sobre la base de las eternas verdades, es necesario acabar de arrancar los postes que bambolean, y en que todavia creen encontrar apoyo.

»Estais en la edad critica en que el entendimiento da cabida á la certidumbre, en que adquiere su forma y su carácter el corazon, y en que se determina uno para toda la vida, sea para lo bueno, sea para lo malo. Mas tarde se ha endurecido la sustancia, y ya no recibe impresiones nuevas. Mancebo, recibid en vuestra alma, flexible todavia, el sello de la verdad. Si estuviese mas seguro de mí mismo, hubiera usado con vos un estilo dogmático y decisivo; pero soy hombre, ignorante, expuesto á error: ¿qué podia hacer? Os he manifestado sin rebozo mi corazon; lo que tengo por cierto, os lo he presentado como tal; como dudas mis dudas, y como opi-

niones mis opiniones; os he dicho mis razones para dudar y para creer: ahora toca á vos decidir. Os habeis tomado tiempo; precaucion cuerda que me hace formar buena idea de vos. Poned primero vuestra conciencia en estado de que quiera que la iluminen: sed sincero con vos mismo; tomad de mi opinion lo que os haya persuadido, y desechad lo demás. Aun no os ha depravado tanto el vicio que corrais riesgo en escoger. Os propondria que conferenciáramos entre los dos: pero el que disputa se exalta; en la argumentacion se introducen la vanidad y la obstinacion, y no hay buena fé. Amigo mio, no disputeis nunca, porque en la disputa ni se ilustra uno, ni ilustra á los demás. Yo no me he resuelto hasta despues de meditar largos años, y me atengo á mi resolucion; mi conciencia está serena, y mi corazon satisfecho. Si quisiera volver á entablar nuevo exámen de mi sentir, no le emprenderia con mas puro amor de la verdad; y ya menos activo mi espíritu no estaria tan apto para conocerla. Me quedaré como estoy, no sea que convirtiéndose insensiblemente el gusto á la contemplacion en pasion ociosa, me entibie en el ejercicio de mis obligaciones, ó que recaiga en mi pironismo primero, sin encontrar fuerzas para salir de él. Mas de la mitad de mi vida ha pasado ya; solo me queda el tiempo necesario para aprovechar lo restante de ella, y borrar mis yerros con mis virtudes. Si me engaño, es contra mi voluntad. Bien sabe el que lee en lo íntimo de mi corazon, que no estoy apegado á mi ceguedad. No pudiendo desecharla por mis propias luces, el único medio que me queda para salir de ella es una buena vida; y si de las piedras mismas puede Dios formarle hijos á Abraham, todo hombre tiene derecho para esperar que será iluminado, con tal que se haga merecedor.

»Si os persuaden mis reflexiones á que penseis como yo, á adoptar mi modo de sentir, y á que tengamos la misma profesion de fé, escuchad el consejo que os doy. No expongais de nuevo vuestra vida á las tentaciones de la miseria y la desesperacion; no la dejeis arrastrar con ignominia á merced de los extranjeros, y cesad de comer el vil pan de la limosna. Tornaos á vuestra pá-

tria: reconciliaos con la religion de vuestros padres; seguidla con ánimo sincero y no la abandoneis nunca; es muy sencilla y muy santa, y entre todas las religiones de la tierra, creo es la que tiene una moral mas pura, y que mas satisface la razon. No os apuren los gastos del viaje, que se os facilitarán. No temais tampoco el escrúpulo de un arrepentimiento vergonzoso; el cometer la culpa debe causar sonrojo, no el repararla. Todavia estais en la edad en que se perdona todo, pero en que ya no se peca impunemente. Cuando querais dar oídos á vuestra conciencia, mil obstáculos vanos desvanecerán su grito. Reconocereis que en la incertidumbre en que vivimos, es presuncion que no tiene disculpa profesar otra religion que aquella en que uno ha nacido, y falsía no practicar con sinceridad la que uno profesa. Si nos descarriamos, nos quitamos una poderosa disculpa delante del tribunal del soberano juez. ¿No perdonará mas bien el error en que uno fué criado, que al que se atrevió á escoger por sí propio?

»Hijo mio, conservad vuestra alma siempre en estado de desear que haya un Dios, y nunca lo dudareis. En cuanto á lo demás, sea cual fuere la resolucion que tomareis, penetraos bien de que las verdaderas obligaciones de la religion son independientes de las instituciones humanas; de que el verdadero templo de la Divinidad es el pecho del justo; de que en todo país y toda secta, se cifra el sumario de la ley en amar á Dios sobre todas las cosas, y á su prójimo como á sí mismo; de que no hay religion que dispense de las obligaciones de la moral, pues son las únicas verdaderamente esenciales; de que la primera de estas obligaciones es el culto interno, y de que sin la fé no existe ninguna verdadera virtud.

»Huid de aquellos, que con pretesto de explicar la naturaleza, siembran en los corazones humanos doctrinas que desconsuelan, y cuyo aparente escepticismo es cien veces mas afirmativo y dogmático que el estilo decisivo de sus contrarios. Con el arrogante pretesto de que ellos solos son ilustrados, sinceros y de buena fé. imperiosamente nos sujetan á sus tajantes decisiones, y pretenden que admitamos por principios verdaderos de

las cosas los ininteligibles sistemas que se han forjado en su imaginacion. Derribando en tanto, destruyendo, hollando á sus plantas todo cuanto respetan los hombres, privan á los afligidos del último consuelo de su miseria; quitan á los ricos y á los potentados el único freno de sus pasiones; desarraigan de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud, y todavia se jactan de ser los bienhechores del género humano. Dicen que la verdad nunca es perniciosa á los hombres; lo mismo que ellos pienso yo; y eso en mi entender es una prueba decisiva de que no es la verdad lo que enseñan (1).

(1) Ambos partidos se acometen reciprocamente con tantos sofismas, que fuera empresa tan inmensa como temeraria querer rebatirlos todos; basta con notar algunos al paso que se van ofreciendo. Uno de los mas frecuentes del partido filósofo es oponer un supuesto pueblo de buenos filósofos á uno de malos cristianos: como si fuera mas fácil hacer un pueblo de verdaderos filósofos que de cristianos verdaderos. No sé si entre los individuos es mas fácil hallar uno que otro; pero bien sé que, en tratándose de pueblos, se ha de suponer que abusarán de la filosofía sin religion, como abusan los nuestros de la religion sin filosofía; y me parece que esto hace variar mucho el estado de la cuestion.

Bayle probó muy bien que es mas pernicioso el fanatismo que el ateísmo, y eso es indisputable; pero lo que se guardó de decir, aunque no sea menos cierto, es que el fanatismo, si bien cruel y sanguinario, es una grande y vehemente pasion, que exalta el corazon humano, le hace despreciar la muerte, le comunica una portentosa elasticidad, y que sabiendo darle buena direccion, se sacan de él las virtudes mas sublimes, mientras que la irreligion, y generalmente el espíritu silogístico y filosófico, apega á la vida, afemina y envilece los ánimos, reconcentra todas las pasiones en la bajeza del interés personal y en el envilecimiento del yo humano, y sordamente desmorona los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque los intereses particulares se uniforman en tan pocas cosas, que nunca podrán contrapesar aquellas en que se oponen.

Si el ateísmo no hace verter la sangre de los hombres, no tanto es por amor de la paz como por indiferencia con lo bueno: de cualquier modo que vayan las cosas, le importa poco al pretendido sabio, con tal que le dejen quieto en su gabinete. Sus principios no hacen que se maten los hombres; pero estorban que nazcan, extragando las costumbres que los multiplican, desprendiéndolos de su especie, reduciendo todas sus afecciones á un secreto egoísmo, no menos funesto para la poblacion que para la virtud. La indiferencia filosófica se parece á la tranquilidad del Estado bajo el despotismo, que es la tranquilidad de la muerte, mas destructora que la misma guerra.

De suerte que el fanatismo, aunque mas fatal en sus inmediatos efectos que lo que hoy llaman espíritu filosófico, en sus consecuencias lo es mucho menos. Por otra parte, fácil es hacer alarde de hermosas máximas en los libros; pero consiste la dificultad en saber si están

»Buen mancebo, sed sincero y verídico sin arrogancia; sabed ser ignorante, y no engañareis ni á vos ni á los demás. Si un dia la cultura de vuestro talento os

acordes con la doctrina, si de ella necesariamente derivan; y eso hasta aqui no aparece claro. Falta saber tambien si imperando la filosofía, enfrenaria la vanagloria, el interés, la ambición, las mezquinas pasiones humanas, y si ejerceria esa tan suave humanidad que nos ofrece por escrito.

Por sus principios no puede la filosofía hacer bien ninguno que no le haga mejor todavia la religion, y esta hace mucho que no puede hacer la filosofía.

Por la práctica, es muy distinto; pero tambien aqui es menester examinar. Ninguno sigue puntualmente su religion cuando la tiene; eso es cierto: los mas no la tienen, y no siguen en cosa ninguna la que tienen; tambien eso es cierto: pero en fin, algunos la tienen y la siguen al menos en parte; y es indudable que por motivos de religion se retraen con frecuencia de obrar mal, ejercitan virtudes, y hacen acciones loables, que sin estos motivos no hubieran realizado.

Si un fraile niega un depósito, ¿qué se infiere, sino que se le confió un tonto? Si le hubiera negado Pascal, probaria eso que era Pascal un hipócrita, y nada mas. ¿Pero un fraile!... ¿Son acaso las personas que trafican con la religion las que la tienen? Todos los delitos que comete el clero, como los que cometen otros, no prueban que la religion sea inútil, sino que son muy contados los que tienen religion.

Nuestros gobiernos modernos indisputablemente deben á la religion que su autoridad sea mas sólida y menos frecuentes las revoluciones; y ellos son tambien por aquella menos sanguinarios: lo cual se prueba comparándolos con los gobiernos antiguos. Mejor conocida la religion, ha descartado el fanatismo suavizando mas las costumbres cristianas. Esta mudanza no es obra de las letras, porque no en todas partes donde estas han brillado, ha sido mas respetada la humanidad; certificándolo las crueldades de los atenieses, los egipcios, los emperadores de Roma y los chinos. ¿Cuántas obras de misericordia se deben al Evangelio! ¿Cuántas restituciones y reparaciones produce la confesion en los países católicos! En los protestantes, ¿cuántas reconciliaciones y limosnas se hacen cuando se acerca el tiempo de comulgar! ¿Cuán menos codiciosos hacia á los usurpadores el jubileo de los hebreos! ¿Cuántas miserias precavia! La fraternidad legal unia la nacion entera, y no se veia entre ellos un mendigo. Tampoco se ve uno entre los turcos, donde hay innumerables fundaciones piadosas, siendo, por principio de religion, hospitalarios hasta con los enemigos de su culto.

Los mahometanos, segun Chardin, dicen: «que despues del exámen que ha de seguirse á la resurreccion universal, pasarán todos los cuerpos por un puente llamado Pul-Serrho, que atraviesa el fuego eterno; puente que miran como el tercero y postrer exámen, y el verdadero juicio final, porque alli es donde se ha de hacer la separacion de los buenos y los malos, etc...»

«Los persas, continua Chardin, tienen la fantasia tan ocupada con este puente, que cuando á alguno le hacen un agrávio del que en manera alguna puede alcanzar justicia, su consuelo es decir: Te juro por

pone en estado de hablar con los hombres, habladles siempre conforme á vuestra conciencia, sin cuidaros de sus aplausos. El abuso del saber engendra la incredulidad. Todo sabio desdeña la opinion vulgar; cada uno de ellos quiere tener la suya propia. La soberbia filosofía para en el espíritu fuerte, como la ciega devoción en el fanatismo. Evitad ambos extremos; permaneced siempre firme en el camino de la verdad, ó de lo que os parece que lo es en la sencillez de vuestro corazón, sin nunca desviaros de ella por vanidad ó por flaqueza. Atrevedos á confesar á Dios entre los filósofos; y á predicar la humanidad á los intolerantes. Os hallareis solo en vuestro partido; mas con vos mismo llevareis un testimonio que os dispensará del de los hombres. Ora os amen, ora os aborrezcan, ora lean ó desprecien vuestros escritos, nada importa. Decid lo que sea verdadero, haced lo que sea bueno; lo que al hombre importa, es cumplir con sus obligaciones en la tierra, olvidándose de sí trabaja para sí. Hijo mío, el interés particular nos engaña; pero la esperanza del justo no engaña jamás.»

«el Dios vivo, que me lo pagarás doble el postrer día, y que no pasarás
 «el Pul-Serrho sin darme antes satisfacción; me agarraré de las faldas
 «de tu vestido, y me enredaré entre tus piernas.—A muchos personajes
 «eminentes y de todas profesiones he visto que, con el temor de que les
 «estorbasen el paso de este terrible puente, rogaban á los que se que-
 «jaban de ellos que les perdonasen; y á mi propio me ha sucedido cien
 «veces lo mismo. Personas de mucha suposición, que á fuerza de im-
 «portunidades me habían obligado á que hiciera cosas contra mi volun-
 «tad, me buscaban cuando creían que ya se me había pasado el enojo, y
 «me decían: *Halal becon hantchrisra*, que quiere decir, *hazme este ne-
 «gocio lícito ó justo*. Algunos me han enviado regalos, y hecho servicios
 «para que los perdonase, declarando que lo hacía de buena voluntad; y
 «no es otra la causa, que la creencia en que están de que no han de pa-
 «sar el puente del infierno sin satisfacer hasta el postrer maravedí á los
 «que hayan oprimido.»—Tomo VII, en 12, pág. 50.

«He de presumir que la idea de este puente que tantos males repara
 no evita alguno? ¿Y si quitasen á los persas esta idea, persuadiéndoles á
 que no hay ni Pul-Serrho, ni cosa semejante, donde despues de la
 muerte se vengan los oprimidos de sus tiranos, no es claro que esto los
 dejaría muy á sus anchuras, y los libraria del afán de apaciguar á estos
 desventurados? Luego es falso que no fuese perjudicial esta doctrina,
 luego no sería la verdad.

Filósofo; tus leyes morales son muy hermosas, pero muéstrame la
 sancion de ellas. Déjate por un rato de hablar al aire, y dime, sin ro-
 deos, con qué quieres sustituir al Pul-Serrho.

He trasladado este escrito, no como regla de lo que se debe opinar en materia de religion, sino como un ejemplo del modo como es posible discurrir con su alumno, para no apartarse del método que he procurado establecer. Si no queremos ceder á la autoridad de los hombres, ni á las preocupaciones del país donde hemos nacido, las meras luces de la razon no pueden, en el estado de la naturaleza, llevarnos mas que á la religion natural; y á esta me ciño con mi Emilio. Si ha de tener otra, no me creo con derecho á ser su guía en esta parte; á él solo toca escogerla.

Trabajamos concertándonos con la naturaleza, y mientras que esta forme el hombre físico, formamos nosotros el hombre moral; pero no son iguales nuestros adelantamientos. Ya el cuerpo es fuerte y robusto, cuando el alma es todavía endeble y flaca, y por mas que el arte humano se afane, siempre el temperamento antecede á la razon. Hasta aquí todo nuestro esmero lo hemos puesto en refrenar el uno y excitar la otra, para que el hombre fuese siempre el mismo, en lo posible. Desenvolviendo su índole, hemos ofuscado su naciente sensibilidad, y la hemos regulado cultivando su razon. Los objetos intelectuales moderaban la impresion de los objetos sensibles. Subiendo al principio de las cosas, le hemos zafado del imperio de los sentidos; muy sencillo era encumbrarse desde el estudio de la naturaleza á la investigacion de su hacedor.

Quando hemos llegado aquí, ¡qué de nuevos asideros tenemos en nuestro alumno! ¡Cuántos medios nuevos de hablar á su corazón! Entonces sí que halla su verdadero interés en ser bueno, en obrar bien lejos de la vista de los hombres y sin que á ello le fuercen las leyes; en ser justo entre Dios y él, en cumplir con su obligacion, aun á costa de su vida, y en llevar en su corazón estampada la virtud, no solo por el amor del orden al cual siempre prefiere cada uno el amor de sí mismo, sino por el amor del autor de su ser, amor que se confunde con este mismo amor de sí; para disfrutar al fin de la felicidad duradera que, despues de haber hecho buen uso de esta vida, le prometen en la otra la serenidad de una buena conciencia y la contemplacion del